

Barbara Potthast

Niños soldados y niñas famélicas en la Guerra del Paraguay

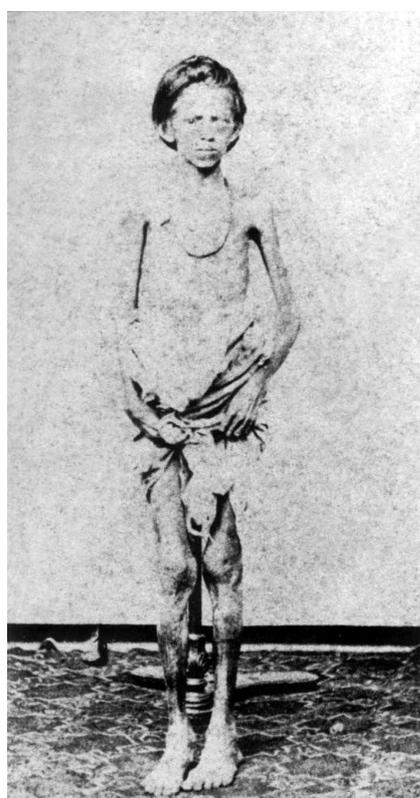


Fig. 1: Niño paraguayo después de la guerra.¹

Lamento decir que más de la mitad del ejército paraguayo estaba compuesto de niños de diez a catorce años de edad. Esta circunstancia hizo la batalla del 21 y los días que siguieron peculiarmente horribles y descorazonantes. Estos pequeños en la mayoría de los casos desnudos regresaban arrastrándose en grandes números desgarrados, destrozados en todas las formas concebibles. Parecía no haber lugar para ellos hacia donde ir e iban deambulando sin ayuda hacia el Cuartel General sin lágrimas ni gemidos. No puedo concebir algo más horrible que esta matanza de inocentes por hombres grandes vestidos de soldados, armados con todos los mortales dispositivos de la guerra moderna, y menciono esto acá precisamente porque lo he visto, porque creo que justificaría la inmediata intervención de naciones civilizadas con el propósito de poner un fin de la guerra.²

Oh! a guerra, sobretudo a guerra do Paraguai! Quanta criança de dez anos, e menos ainda, morta quer de bala, quer lanceada junto à trincheira que percorri a cavalo, contendo a custo as lágrimas.³

- 1 Fotógrafo no identificado: *Carte de visite*, ca. 1868. Museo Histórico Nacional, Argentina.
- 2 Martin McMahon al Secretario de Estado William H. Seward, Piribebuy, 31 de enero de 1869, despacho número 13, en: Davis (1985: 160).
- 3 Visconde de Taunay, *Recordações de guerra e de viagem* (São Paulo: Weiszflog, 1920, p. 48), cit. según Doratioto (2002: 409).

La Guerra del Paraguay, o Guerra de la Triple Alianza (1864/5-1870) tiene la triste fama de haber sido una de las más sangrientas de América Latina: Brasil, Argentina y Uruguay tardaron cinco años en vencer al país vecino, que perdió con ella más de la mitad de la población y gran parte de su territorio al tiempo que su peculiar sistema político, económico y social terminó por hundirse. Quienes más sufrieron las consecuencias en la última fase del conflicto y durante la posguerra fueron las mujeres y los niños. Sobre sus hombros habían cargado primero prácticamente toda la producción y la manutención de las tropas, y cuando ya no quedaban suficientes hombres para la defensa del país, los jóvenes y los niños fueron reclutados para el ejército. Este papel activo de las mujeres y los niños llamó ya la atención a los observadores contemporáneos, provocando también una polémica historiográfica sobre el carácter de esta guerra y el gobierno del presidente Francisco Solano López.⁴

Si el análisis de la función activa y pasiva de los menores en una guerra y de su percepción de la misma presenta serias dificultades en la actualidad, mucho más problemático resulta si se trata de épocas pasadas. Tal vez por esa misma razón, la guerra del Paraguay, con un grado de violencia que afectó directamente a toda la población, puede ser un buen ejemplo –aunque extremo– para aproximarse a una historia de los menores en un contexto de guerra. En ese sentido vale la pena detenerse en dos aspectos: uno, la participación directa de niños y jóvenes en los combates, es decir el de los niños soldados; el otro, la repercusión que tuvo la lucha para los niños que no participaban directamente pero que sufrían sus consecuencias a causa de la destrucción de campos y viviendas y del desplazamiento de familias enteras. En este último caso nos referiremos ejemplarmente a las muchachas jóvenes, ya que a finales de la guerra casi todos los varones jóvenes habían sido reclutados.

4 En este artículo nos restringimos a discutir la visión de los contemporáneos. La historiografía sobre la guerra es todavía bastante partidaria y complicada, de manera que no cabe en el contexto que aquí interesa. Véase Rodríguez Alcalá (s.a.). Para una discusión sobre el rol de las mujeres véase Potthast (2001) y Potthast (en prensa).

1. Los niños en los campamentos y los ejércitos

Antes de analizar la vida de los menores combatientes hay que recordar que los niños no habían sido ajenos a la vida de los campamentos del siglo XIX. El aprovisionamiento y la limpieza de las tropas estaban en primer lugar en manos de las mujeres que las acompañaban y que a su vez tenían consigo niños de todas las edades, un fenómeno normalmente no digno de mención en los informes de la época, pero sí visible en muchas imágenes. Como podemos ver en las ilustraciones, muchos niños de las clases populares crecían ya en un ambiente de guerra y disciplina militar.



Fig. 2: Mujeres en el campamento paraguayo.

Los padres, si disponían de los medios, vestían a los varones con uniformes y los preparaban para una vida de soldados. Cuando tenían alrededor de diez años, algunos de ellos empezaban a asumir funciones militares, como el tambor de un regimiento que se ve en la fotografía.



Fig. 3: Tambor del 1° de Infantería.⁶

6 Federico Artigue: *Tambor del 1° de Infantería. Carte de visite*. Museo de Luján.

Podemos suponer que los jóvenes realizaban estas tareas con gran orgullo y que –como sus padres– las veían como el primer paso de una carrera militar. Vivir en los campamentos y jugar a ser soldado, no obstante, era otra cosa que tener que luchar en una guerra, como poco después les tocó en suerte a miles de jóvenes y niños cuando estalló la contienda.

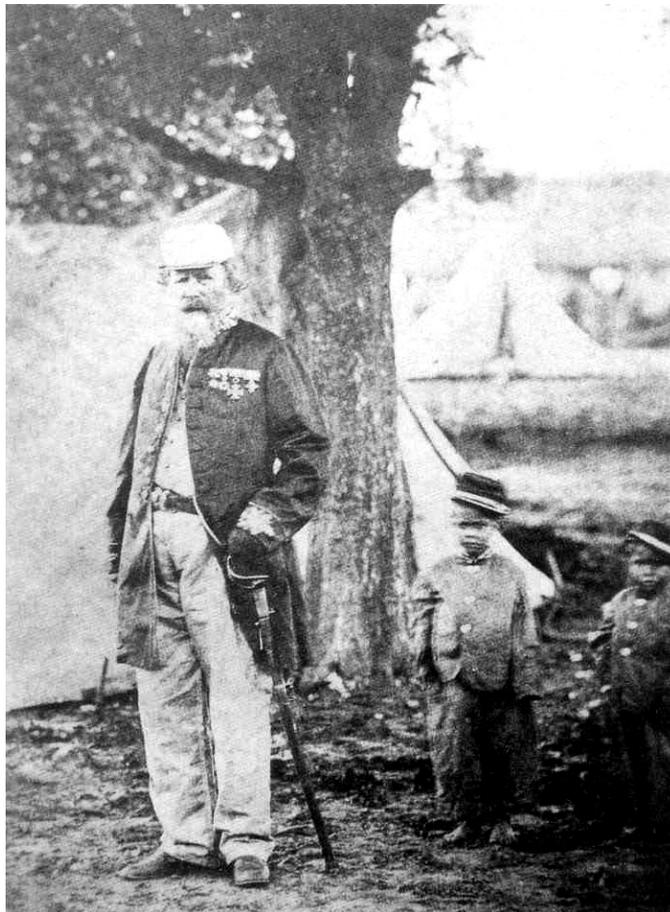


Fig. 4: Militar con niños en la guerra del Paraguay.⁷

⁷ Fotorrafo no identificado: Albúmina, ca. 1868. Biblioteca Nacional, Río de Janeiro.

1.1 Los niños soldados paraguayos

La correspondencia del cónsul francés, Emile Laurent-Cochelet, nos muestra muy bien la dinámica cruel de la incorporación de jóvenes y niños en el ejército paraguayo a partir de 1865:

Se publicó el 28 de mayo, en la campaña, una nueva orden llamando bajo las armas al resto de los habitantes aptos de 14 años para arriba. Ya se habían reclutado todos los hombres de 15 a 60 años, y yo vi un regimiento enteramente compuesto de adolescentes. Qué puede esperarse de semejantes soldados, incapaces de resistir las fatigas de una campaña!⁸

Se presionó todavía más [que a los de Misiones, B.P.] a los distritos cercanos de la capital para obtener cantidades numerosas de jóvenes de 13 a 16 años, que los reclutamientos precedentes habían dejado de lado.⁹

En Asunción, se continúa enviando al Ejército sucesivamente todos los funcionarios de Estado, únicos hombres aptos restantes, los oficiales del puerto, los médicos militares de plaza, controladores y empleados de la Aduana. [...] Se asegura que además de los heridos y mutilados, se recluta para el servicio militar hasta los niños de 7 años, para hacer de conductores de ganado y de chasques!¹⁰

Se continúa reclutando activamente. Todos los niños que han crecido desde la última leva, todos los viejos inválidos que se han restablecido a medias, incluso los leprosos, son puestos bajo bandera. Se ven partir hacia Humaitá compañías de niños que apenas pueden sostener el peso de los fusiles, y cuyos oficiales sobrepasan de una cabeza.¹¹

Si la situación ya era penosa en 1867, es decir antes de la caída del baluarte de Humaitá y de la entrada de los aliados en territorio paraguayo, después fue simplemente horrible. En agosto de 1868, cuando era obvio que ya no se podía resistir mucho más tiempo, López ordenó la evacuación del territorio sureño y se retiró con la población y el resto de las tropas hasta más allá del río Pikysyry. Le quedaban unos 10.000 soldados, la mayoría ancianos y niños, que tenían que fortificar Angostura, un puesto sobre el río Paraguay. Los paraguayos se mantuvieron en esta zona hasta finales del año. A partir del 21 de diciembre de 1868 se libró allí una batalla feroz que dejó pocos combatientes

8 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 31.5.1865, cit. según Rivarola (1988: 122).

9 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 26.2.1865, cit. según Rivarola (1988: 130).

10 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción, 12.11.1866, cit. según Rivarola (1988: 133) (destacado en el original).

11 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys al Marquis de Moustier, 31.5.1867, cit. según Rivarola (1988: 133s.).

paraguayos sin heridas. El 24 de diciembre Francisco Solano López escribió su testamento, pero cuando se enteró de que existía una brecha en el cerco, escapó con unos pocos, dirigiéndose hacia el noreste “dispuesto a crear de la nada un nuevo ejército y a proseguir la guerra hasta el final” (Cardozo 1987: 245). El resto de las tropas paraguayas, atrincheradas en Angostura, se rindió. Poco antes, un observador argentino había escrito: “Ya se puede dar por concluida aquí no mas la guerra porque ya no tiene gente con que seguir por mas días la defensa, son muchachos, viejos y hasta enfermos que pueden pararse [a los que] se hace hacer fuego”.¹²

A fines del año 1868 los aliados ocuparon Asunción, la capital paraguaya, y sin encontrar a nadie saquearon la ciudad, creyendo muy cerca el final de la guerra. López, mientras tanto, había trasladado lo que quedaba del gobierno y del pueblo paraguayo hacia Luque y después a Piribebuy, donde estableció un nuevo cuartel general en Azcurra, un lugar estratégico en las cercanías. De alguna manera logró montar un nuevo ejército, compuesto en gran parte de niños, jóvenes, heridos y ancianos, pero también de prisioneros que habían escapado de los aliados. La esperanza de alcanzar una solución por medios diplomáticos hizo que, durante un tiempo, la violencia se redujera. La expectativa de un fin inminente de la guerra resultó sin embargo errónea, sobre todo por la negativa de López a rendirse incondicionalmente. Las paraguayas volvieron a cultivar la tierra, aunque la zona ya no producía lo suficiente para alimentar a todos, y se estima que 100.000 mujeres y niños murieron de hambre en el medio año que antecedió a la toma de Piribebuy (Versen 1872: 155). No obstante, López logró montar una fábrica de armas y entrenar a nuevos reclutas, niños de edad cada vez menor.

A mediados del año, los combates se reanudaron, y el triste colmo de las acciones militares de esta guerra atroz se produjo en agosto de 1869 cuando los aliados, cuya fuerza militar numérica era muy superior a la de los paraguayos, asaltaron y tomaron Piribebuy. López decidió huir con el resto de las tropas. Para cubrir la retirada, dejó un ejército de unos 3.000 a 6.000 hombres, muchos de ellos niños soldados, disfrazados con barbas para que el enemigo no se diera cuenta de

12 José Esdrillo a Coronel Álvaro J. de Alzogaray, 21.12.1868, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Sala X, Guerra del Paraguay, 43-10-7.

su edad, que tuvieron que enfrentarse con 20.000 soldados aliados. Estos niños se dejaron matar por el Mariscal en una batalla de ocho horas en los campos de Acosta Ñú (Rubio Ñú o Ñu Guazú, hoy Barro Grande). Al final sumaban más de 2.000 los soldados paraguayos muertos y 1.200 los prisioneros, mientras que los aliados no tuvieron más que 26 muertos y 259 heridos.¹³

A diferença entre o número de mortos paraguaios e aliados demonstra que Campo Grande/Acosta-Ñu foi um banho de sangue. Este foi iniciado por Solano López, ao enviar ao combate adolescentes, disfarçados de adultos, despreparados e com armas obsoletas, e continuado pelos soldados brasileiros embrutecidos por anos de guerra, cansados de um inimigo que não se rendia, não recuava, se mantinha em combate mesmo quando a morte era certa (Doratioto 2002: 418).

Lo que quedaba del pueblo paraguayo y su ejército se trasladó cada vez más al nordeste, huyendo de las tropas aliadas. Hambre, fatiga, heridas y enfermedades acompañaron a esta “legión de espectros” (Cardozo 1987: 253), que además tenía que sufrir las represiones cada vez más crueles e irracionales, por no decir paranoicas, del presidente. El fin de la guerra se precipitó cuando López fue alcanzado y muerto por las tropas brasileñas el primero de marzo de 1870.

1.2 Los niños paraguayos: ¿“ardientes patriotas” o “presidarios a las galeras”?

Tanto observadores directos como analistas posteriores se han preguntado cómo fue posible que la resistencia paraguaya se mantuviera tanto tiempo si el ejército se componía sobre todo de niños y jóvenes poco expertos en asuntos militares. Los menores casi no tenían la fuerza física necesaria para empuñar fusiles, menos aún cuando empezaron a escasear los alimentos y se propagaron las epidemias. Además no había tiempo para adiestrarlos propiamente. No obstante, todos los observadores, también los más críticos a López, han insistido en el valor y el coraje de los paraguayos en la lucha, inclusive los de los niños soldados.

Este heroísmo, a su vez, está en el centro de la polémica sobre la guerra y el carácter del régimen de López. ¿Por qué soportaron estos hombres, mujeres, jóvenes y niños tantos sufrimientos, muertes y

13 Doratioto (2002: 415-419); Cardozo (1967-1982: XII, 320-323); Chiavenato (1989: 178s.).

crueledades, habiéndoles sido posible pasarse al lado de los aliados, que habían instalado un gobierno paraguayo provisorio en Asunción? Las respuestas varían según la posición política de los observadores. El cónsul francés, Emile Laurent-Cochelet, sostenía que la mayoría de los reclutas obedecía más bien por miedo que por patriotismo, y describe un grupo de reclutas de la manera siguiente:

El diario oficial habla mucho del entusiasmo de los reclutas, pero aparte de algunos que han buscado en el abuso de [bebidas] espirituosas el olvido de sus angustias, uno se figuraría más bien, al ver el aspecto abatido de éstos desgraciados (muchos de los cuales son seguidos por mujeres en llanto) presidiarios a la galera que ardientes patriotas volando a defender su patria.¹⁴

Su colega norteamericano, el general Martin McMahon, veterano de la guerra civil estadounidense y único diplomático extranjero que quedaba con el gobierno paraguayo después de la evacuación de Asunción, afirmaba que las mujeres y los niños soportaban las calamidades de la guerra por patriotismo. En el interrogatorio sobre la guerra ante el congreso norteamericano, McMahon aseguró que “[n]o cabe dudas de que hay niños de diez y once años en el Ejército y los he visto luchando con tanto heroísmo y coraje que me sorprendieron” (McMahon ([1869] 1985a: 306). Y también agregó:

Se veían niños de escasos años arrastrarse a retaguardia con sus miembros destrozados o con espantosas heridas de bala en sus pequeños y semidesnudos cuerpos. No se quejaban ni lloraban, no pedían ayuda ni la presencia de un médico. Cuando sentían próxima la llegada de la muerte se echaban para morir, tan silenciosamente como habían sufrido. Muchos de estos niños tenían sus madres en el campamento de las mujeres [...] cuyos pensamientos no estaban con sus hijos moribundos [...] sino en la causa de la nación (McMahon [1870] 1985c: 387-391).

Esta última cita proviene de un artículo publicado en *Harper's New Monthly Magazine* que el diplomático escribió después de regresar a Estados Unidos para conmover al público norteamericano y contradecir la imagen de un Paraguay incivilizado con un presidente despótico y cruel. McMahon relató varios episodios de niños soldados que de repente se vieron enfrentados con el cuerpo muerto de su padre o de un hermano mayor, único familiar y protector que les había quedado,

14 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 26.2.1865, cit. según Rivarola (1988: 130).

y que no obstante no reaccionaban con lágrimas y llantos (ibídem: 407-411). Después continuaba:

Tal vez se alegue que las familias paraguayas podrían haber escapado al hambre y a la muerte pasándose a los aliados. Muchas de ellas se entregaron así a la misericordia de sus enemigos y miles fueron traídas a Asunción con las huestes aliadas, para descubrir que hay horrores aún más crueles que el hambre, y desgracias peores que la muerte (ibídem: 425s.).¹⁵

Hay que analizar este párrafo de McMahon en el contexto de la polémica sobre la guerra y tener presente el fin de este artículo. Lo que el norteamericano omitió decir es que no era nada fácil desobedecer o desertar. Cuando todavía era posible, la vigilancia de las tropas de López era bastante eficaz, incluso con respecto a la población civil, y las deserciones eran castigadas severamente. Además, López practicaba una corresponsabilidad familiar, es decir, si un miembro de la familia desertaba o manifestaba su oposición a la política del presidente, sus familiares también sufrían represalias. López humillaba sobre todo a personas de las clases dirigentes, que cada vez más se distanciaban de su política, pero la práctica no se restringía a esta clase. Laurent-Cochelet cuenta, después de saber de varias deserciones y enterarse que dos sobrinos del ministro de finanzas y del tesorero general habían desertado, lo siguiente:

Las familias de dos de esos desertores [...] compuestas de sus madres y hermanas, fueron deportadas a lejos e inhóspitos distritos, y todos sus bienes confiscados.

Lo que es más asombroso, es que tres de esos desertores no tienen más de 11 o 12 años. Estaban como ordenanzas de un oficial polaco [...] Se atribuye la deserción de esos niños al justificado temor [que tendrían] de que se les hiciera responsable, como se acostumbra aquí, de las deserciones de los hermanos mayores de dos de ellos, quienes se habían pasado recientemente al enemigo.¹⁶

Un testigo muy perspicaz y bien informado sobre la vida en los campamentos durante la guerra fue el mayor prusiano Max von Versen, que permaneció en ellos arrestado por López hasta 1869, es decir casi hasta el final. Él había padecido personalmente las represalias de Ló-

15 Véase además: Despacho McMahon al Secretario de Estado, Hamilton Fish, Buenos Aires 19.7.1869, en Davis (1985: 197).

16 Laurent-Cochelet al Marquis de Moustier, Asunción 5.10.1866, cit. según Riva-rola (1988: 138).

pez en los campamentos, en los que convivió con los presos, niños y jóvenes paraguayos. Versen atribuye el heroísmo de éstos no al “honor nacional” sino “a un fanatismo creado artificialmente por López” o al miedo a la venganza y malos tratos por parte de los enemigos, en buena medida exagerados por la propaganda de López.¹⁷ McMahon también había aludido a este temor a los soldados de la Alianza, sobre todo los brasileños, en la cita arriba mencionada.

Ese miedo no era del todo infundado, como muestran las memorias de oficiales brasileños, aunque a algunos de ellos les daba pena tener que combatir contra adolescentes. Cuenta Dionisio de Cerqueira el siguiente incidente de la batalla de Piribebuy:

Em poucos instantes, as nossa forças galgavam as trincheiras, invadiam o terrapleno e investiam, aos bandos, contra os paraguaios que se retiravam em debandada, mas ainda pelejando. Fez-me frente, com uma lança, um rapazinho que parecia forte; aparei o golpe, respondi e passei adiante. Logo depôs, um soldadinho paraguaio, que não podia ter mais de doze annos, corria, todo ensanguentado, para o meu lado, acossado por um soldado nosso que o perseguia e já o ia alcançar, quando ele se abraçou comigo, implorando que o salvasse. Mal tive tempo de conter o seu perseguidor. Nesse momento, passava por mi, a trote largo, o distinto camarada capitão Pedra, que gritou: – Mata. – Não – disse eu. – É um prisioneiro, uma pobre criança e hei de defendê-lo. – Queres brigar por um paraguaio? – Porque não? É meu dever e farias o mesmo (Cerqueira 1910: 326).

El estoicismo de los jóvenes que McMahon interpretaba como patriotismo, se convierte en el juicio de otro brasileño en cansancio y fatalismo:

Parece-me ainda estar vendo como as lanças se abaixavam fulgurantes, vertiginosas, atirando alto no ar, como que simplesovelos de algodão, os corpos que iam ferindo e que, no geral, caíam agachados acorados e mais que isto, enrolados sobre si mesmos. Não poucos infantes [paraguaios] buscavam defender-se com a espingarda, mas era resistência momentânea; alguns atiravam fora a arma e ocultando o rosto entre os braços abaixavam a cabeça e esticavam o pescoço à espera do golpe das pesadas espadas, apressados em dar tudo por acabado e buscando na morte pronta solução a tantas desgraças e tão seguidos sofrimentos.¹⁸

17 Versen (1872: 125). Cfr. Potthast (1996: 265s.; 2001: 83-86; y en prensa).

18 Visconde de Taunay, *Recordações de guerra e de viagem* (São Paulo: Weiszflog, 1920, p. 48), cit. según Doratioto (2002: 416).

Aparte de provocarles lástima y mala conciencia, el hecho de tener que combatir contra niños restaba valor y honor a los soldados aliados:

O campo [de Acosta Ñu, B. P.] ficou cheio de mortos e ferios do inimigo, entre os quaes causavam-nos grande pena, pelo avultado número, os soldadinhos, cobertos de sangue, com as perninhas quebradas, não tendo alguns ainda atingido a puberdade. [...] Como eram valentes para o fogo os pobres meninos! Que luta terrível aquela entre a piedade cristã e o dever militar! *Os nossos soldados diziam que não dava gosto brigar com tanta criança* (Cerqueira 1910: 340, destacado en el original).

Desgraciadamente no existen fuentes paraguayas sobre los niños soldados que no sean propagandísticas. Salta a la vista, no obstante, que aparentemente no se veía la necesidad de justificar el hecho de hacer pelear y matarse a tantos jóvenes. Dentro de la propaganda nacionalista parecía natural incluir a toda la población en la lucha por “la causa nacional”. Lo que llama la atención es que en el Paraguay de entonces aparentemente no existía un concepto de niñez o adolescencia como una etapa especial de la vida. Los textos hablan de niños o criaturas entre la población civil, o de soldados y paraguayos, sin fijarse en la edad de los combatientes. Quizás el reclutamiento de personas de edad cada vez menor se veía como una mera extensión del concepto del ciudadano paraguayo. Si al principio habían sido hombres adultos, luego fueron más jóvenes o incluso niños que no habían llegado a la pubertad. Este silencio sobre los niños soldados caracteriza también los recuerdos de los oficiales paraguayos, como por ejemplo los de J. C. Centurión, y algunos análisis tempranos de la posguerra. Una excepción es la mencionada batalla de Acosta Ñu, conmemorada más tarde por los revisionistas paraguayos como prueba, por un lado, del heroísmo pero también, por otro, del apoyo –implícito o directo– al presidente y su guerra.¹⁹

Todo análisis de la actitud de los observadores, ya sean extranjeros o nacionales, sobre los niños combatientes resulta sin embargo problemático, pues también sus alusiones a los niños están insertadas y tienen una función en otro discurso político sobre el carácter del pueblo paraguayo y su presidente Francisco Solano López.

19 Cfr. Doratioto (2002: 409); Rodríguez Alcalá (s.a.).

2. Los niños “civiles”

2.1 *Trabajos y peligros en la guerra*

En febrero de 1866 López dispuso la movilización total de los hombres para el servicio militar, pero ya dos años antes, al comienzo de la guerra, el cónsul francés había observado que:

[e]l reclutamiento se realizó ya con un tal rigor que en muchos distritos no se dejó ningún hombre apto. Se enroló incluso personas inaptas para el servicio militar. En una palabra, no se dejó para las necesidades de la agricultura sino a los viejos, las mujeres y a los niños, y eso en un momento en el que la magnífica cosecha de tabaco demandaba todos los brazos.²⁰

Los niños paraguayos, como todos los que crecieron en el mundo rural del siglo XIX, estaban acostumbrados a participar en las tareas domésticas y agrícolas de la familia desde temprana edad, y gran parte de los varones trabajaba en empleos asalariados en los yerbales o el transporte (Potthast 1996: 116s.). Durante la guerra, la falta de brazos y la necesidad de sostener un mayor número de soldados, hizo necesaria una incorporación cada vez mayor de los niños a la producción agrícola. A fines del año 1865, el gobierno paraguayo se vio obligado por primera vez a ordenar a los jueces de paz y comandantes militares de las distintas localidades que dedicaran todas sus actividades y energías a conseguir que la población trabajara lo más posible, incluso en las noches de luna. A las mujeres y niños debía hacerseles saber que:

por poco que sea el descanso que estas disposiciones [sobre intensificación de los trabajos agrícolas, B. P.] imponen, nunca podrán igualar a las fatigas y vigilias de nuestros hermanos en el teatro de la guerra al frente del enemigo, con peligro próximo de la vida, mientras que por acá suspendidas las faenas se recoge cada uno su hogar y duerme tranquilo.²¹

Estas fatigas aumentaron cuando se ordenó la evacuación de los territorios, primero al sur del río Pikysyry, luego también de Asunción y

20 Laurent-Cochelet a Drouyn de L’Huys, Asunción 5.3.1864, cit. según Rivarola (1988: 128).

21 Sánchez a los Comandantes Militares y a los Jueces de Paz, 18.7.1866, Archivo Nacional, Asunción (en adelante ANA), Sección Histórica (en adelante SH), vol. 351; Sánchez a los Comandantes Militares y a los Jueces de Paz, 2.3.1867, cit. según Cardozo (1967-1982: IV, pp. 11-13). Cfr. también la Orden del 19.11.1865, Cardozo (1967-1982: IV, p. 120 y III, p. 164; Thompson (1910-1911: II, p. 24); y Sánchez al Comandante de Laureles, 15.2. y 22.3.1866, ANA-SH, vol. 351.

sus alrededores. Las familias, que consistían en su mayoría en mujeres con hijas y niños muy pequeños, debían a menudo desalojar sus casas dentro de las 24 horas, asignándoseles un nuevo lugar de residencia, al que tenían que trasladarse.²² Con estas medidas se pretendía enviar a la población hacia aquellas regiones que tenían todavía capacidad de admisión y necesitaban mano de obra para la agricultura.²³ El miedo, el cansancio y las privaciones acompañaban a los pequeños en estos traslados rápidos, a veces improvisados, en los que sufrían también al abandonar sus casas, sus animales y sus camaradas de juego y trabajo. Además, las madres tenían incluso menos tiempo que antes para consolar a sus hijos, ya que la presión del trabajo aumentaba cada vez más.

A partir de la segunda mitad de 1867 la situación se volvió muy difícil. Artículos de primera necesidad como la sal tenían que ser sustituidos por hierbas. La calidad de la yerba mate y la carne disminuyó, lo cual devino un factor agravante, en vista de las numerosas enfermedades diarreicas y de las epidemias de viruela. Las epidemias afectaban tanto a los soldados como a las mujeres y los niños, sobre quienes ya recaía la carga principal del abastecimiento, pero éstos últimos no tenían un servicio médico como el que había en el ejército. El juez de paz de Guazú-cuá, por ejemplo, informó de que existían problemas de

22 La orden de evacuación del 22.2.1868 de la ciudad de Asunción, ANA-SH, vol. 355.

23 Decreto del 5.4.1868, ANA, Colección Rio Branco (en adelante CRB), N° 4937. Como efectivamente el objetivo no se cumplía en la forma deseada, el gobierno emitió otro decreto, el 1.9.1869. Cfr. también el oficio que acompaña al traslado (bajo custodia) de 900 mujeres y sus hijos de Pikysyry y 640 de Villeta al otro lado de la Cordillera, para que pudieran cultivar allí los campos, 18.12.1868, en: Masterman (1870: 368s.), así como Cardozo (1967-1982: XII, pp. 220-222 y p. 347).

Además la vigilancia sirvió también para el control de las epidemias, como surge de un escrito de José Antonio Basaral a Caminos del 4.2.1869, en el cual informa de que preparaba la llegada de 815 personas (408 mujeres con 407 miembros de familia, es decir niños) en Hiati y 640 personas en Itapé (311 mujeres con 329 hijos), entre las que se habían dado algunos casos de cólera, los cuales habían sido sometidos a aislamiento riguroso, de modo que la situación ya estaba bajo control. ANA-CRB 4944.

escorbuto, sobre todo, en aquellos que justamente se habían curado de la viruela.²⁴

Las mujeres y las criaturas que vivían en los campamentos gozaban ocasionalmente de alguna ayuda de los médicos militares y, por lo menos hasta cierto momento, de mejor comida, pero tenían que vivir en medio de escenas de guerra. Los niños veían a los soldados que volvían heridos de los combates y escuchaban sus gritos o los de los prisioneros torturados. Además tenían que cuidarse de las granadas y balas que atravesaban también las partes del campamento donde se encontraban las chozas de la población civil. Todo eso traía peligros adicionales porque, dado que no todas las balas y granadas de los aliados estallaban y el ejército paraguayo pagaba por cada granada recolectada con una ración de maíz, mujeres, niños y soldados se arrojaban sobre las granadas, que a veces explotaban con atraso, hiriendo a los recolectores (Versen 1872: 153-155).

Con el transcurso de la guerra y el retroceso de las tropas paraguayas, era cada vez más difícil distinguir a las mujeres que marchaban voluntariamente con el ejército para cuidar a los hombres de su familia, ya fueran maridos, hijos o hermanos, de los evacuados en contra de su voluntad. Cuando la capital se trasladó a Piribebuy y el cuartel general a los alrededores de la ciudad de Azcurra, la agricultura de esta zona quedó totalmente en manos de las mujeres y sus hijos menores. Había dos tipos de mujeres, las llamadas “residentas”, a las que se les había designado otro lugar de residencia por evacuación de su lugar de origen, y las llamadas “destinadas”. Las últimas estaban acusadas de delitos de traición o eran simplemente parientes de un “traidor”. Por esta causa se las enviaba a pueblos especialmente inaccesibles e insalubres, en donde se las obligaba a cultivar la tierra y cosechar frutos silvestres. Huelga recalcar que, en esos lugares, estas mujeres estaban rigurosamente vigiladas y que se las separaba de conocidas o amigas, y a menudo también de miembros de la familia. La suerte de estas “destinadas” y la de las que acompañaban al ejército, las “residentas”, y sus respectivos hijos, se igualó sin embargo hacia

24 ANA-SH 351; Thompson (1910-1911: I, p. 209; II, p. 24); Centurión (1987: II, p. 265); Rivarola (1988: 120-125 y 158-162); Versen (1872: 156-159, 198, 216); Masterman (1870: 88s., 119, 158).

finales de la guerra: pasaban hambre y enfermedades y una gran parte de ellas murió como consecuencia de todo eso.

2.2 *Silvia*

Las que seguramente más sufrieron, no obstante, fueron las hijas de las mujeres “destinadas” que fueron separadas de sus madres a muy tierna edad y bajo tales circunstancias. Aparte de algunas descripciones generales disponemos de las memorias de dos niñas de la élite paraguaya, que nos dan una impresión de los sufrimientos de estas criaturas. La primera, Silvia Cordal Gill, había nacido en 1862, es decir que tenía dos años cuando estalló el conflicto y siete u ocho años cuando terminó la guerra. La otra, Encarnación Bedoya, era más bien una amiga y pariente lejana de la madre de Silvia. Había nacido en 1845, es decir que durante la guerra tenía poco más de veinte años. Como los caminos de las dos se cruzaron y los recuerdos de Encarnación, por ser ya mayor, son más explícitos, los combinamos con los de Silvia, que muchos años después relató su vida a sus hijos y nietos.

Si hablamos en este caso sobre todo de mujeres jóvenes y niñas es porque, en esta fase de la guerra, los varones eran reclutados para el ejército, con excepciones como la de un sobrino adolescente de Silvia que sobrevivió a la guerra “porque su madre lo tenía vestido de mujer siempre” (Quevedo/Peña Villamil 1987: 21).

Silvia Cordal provenía de una familia de la elite paraguaya. Su padre había caído cautivo de los argentinos en 1866, gravemente herido, y por ello fue tildado de desertor en el Paraguay. A consecuencia, su esposa Carmen Gill de Cordal se había visto obligada a renegar públicamente de él.²⁵ El padre de Silvia falleció después en el cautiverio. Con la evacuación de Asunción a finales de 1868, la familia tuvo que desocupar su casa. Silvia, que era la mayor de las tres hijas pequeñas de Carmen Gill, contaba en ese momento seis años. La familia se trasladó a Itauguá, después a Piribebuy, donde su madre fue presa por una denuncia. La hija pequeña lo recuerda como un acto de envidia por el hecho de que su madre todavía tenía alguna fortuna (ibídem: 15).

25 Washburn (1871: II, pp. 169-719). El distanciamiento público que firmó Carmen Gill sólo con su nombre de soltera se encuentra en *El Semanario* del 28.7.1866. Está también reproducido en el anexo de documentos de Quevedo/Peña Villamil (1987: 137s.). Cfr. también Masterman (1870: 108s.).

Encarnación Bedoya relata el asunto con más detalle. Ella también se encontraba en Piribebuy y, a causa de las limitadas posibilidades de habitación, se alojaba junto con Carmen Gill de Cordal, que vivía en la casa de una mujer humilde, que a su vez ocupaba el cuarto contiguo con su hija. Para ese entonces, la dueña de la casa enfermó y, a pesar de los cuidados de Carmen, falleció. Poco tiempo después, Carmen Gill y Encarnación Bedoya fueron apresadas, sin saber primero por qué. Sólo más tarde entendieron la causa. Durante la segunda mitad de 1868, por una supuesta conspiración enemiga, López había mandado encadenar, torturar y, por último, fusilar a su hermano Benigno, al obispo de Asunción Manuel Antonio Palacios y a otros destacados paraguayos, algunos de ellos también parientes suyos. Estos acontecimientos, que aparentemente se discutían todavía entre la población, hicieron que la joven muchacha de la casa preguntara a Carmen, si ella creía que el obispo Palacios podía haber estado implicado en la rebelión contra López, a pesar de que éste lo había hecho obispo. Según Encarnación se trataba de una pregunta capciosa, que Carmen había intentado eludir respondiendo que el obispo era finalmente una persona ajena, y que parecía imposible que los propios hermanos hubieran complotado en contra del presidente. La muchacha, cuya edad ignoramos, habría contado esta conversación con Carmen a su padre natural, y éste habría denunciado a Carmen Gill, que terminó siendo desterrada a Santa Rosa del Curuguaty mientras sus hijas pequeñas quedaron en Piribebuy.²⁶ Encarnación Bedoya fue acusada de no haber denunciado esas observaciones hostiles al Estado, ya que la muchacha habría afirmado que ella también había estado presente en la conversación. Las dos mujeres finalmente fueron destinadas a Espadín, un campo para “traidoras” en una zona totalmente inhóspita de la sierra.

¿Pero qué se hizo en este momento de Silvia y sus hermanas? Las tres quedaron al cuidado de una esclava.²⁷ Después de algunos meses en la casa de un matrimonio viejo, con la caída de Piribebuy, la criada recogió a las niñas y siguió camino con ellas junto a todas las otras

26 Memorias de Encarnación Bedoya, versión II, archivo privado de María Teresa Garay Aceval de Critto, Buenos Aires. Otra versión, menos detallada, de las memorias, está publicada en Rodríguez Alcalá (1991).

27 Existían todavía algunos esclavos en Paraguay, aunque desde el 1 de enero de 1843 estaba en vigencia la ley de la “libertad de vientres”.

“residentas”. En esta caravana se encontraban también dos tías de las niñas, institutrices de los hijos de José Falcón, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores de López, con quien ellas estaban igualmente emparentadas. Al principio, las tías no las reconocieron, pero cuando Silvia se dirigió a ellas, las recogieron para cuidarlas. La esclava que hasta entonces se había ocupado de las niñas fue despedida. Acostumbradas ya desde Piribebuy al consumo de naranjas agrias, las niñas recibieron por primera vez después de mucho tiempo un plato a base de harina y durmieron en las protegidas carretas de las tías. Pero la tranquilidad no duró mucho tiempo porque cuando, al día siguiente, López se enteró de que habían recogido a dos “criaturas traidoras”,²⁸ ordenó de vuelta la entrega inmediata de las niñas y que éstas prosiguieran su camino en la caravana igual que las demás:

[Q]uando que todos se iban, quedamos solitas las tres. [...] y yo hesa mañana le pedia a Dios que nos diése de comer y que yo le prometia que cuando encontre que comer no despreciaria nada, a heso de medio día paso una mujer con una canasta de naranjas y havian sido dulces y esta mujer nos dio una naranja, y saven mi hijos quien hera esta, Carlota Decoud de Calsenas prima hermana de mi padre y como no tuvo corazón esta para recogernos, pues, mis hijos, se fue nomas havandonandonos otra ves, despues de la vuelta mi santa madre le reprochava y ella contesto que ci no nos recogio fue para que no la comprometieramos. A las ocho de la noche volvia la esclava que mis tias la havian alcanzado y le contaron lo que havia pasado. [...] esa misma noche al pedir posada en una casa encontramos entre ellas a la madre y la hija de la esclava por suerte de ese encuentro pues desde ese día la esclava tenia con quien dejarnos para ella poder salir a vuscarnos que comer, se hiva de madrugada al monte y al caer la tarde volvia con un atado de naranjas agrias y yo de día recogia guesos en cantidad y hacia fuego y los guesos los ponía al juego y cuando ya estaban bien quemados los sacava y los pisava y esto comía la madre de la esclava y las cuatro criaturas hasta que volvia Dolores, [...] haci anduvimos hasta llegar a Igatimi que ce le murio primero la hija a Dolores (Quevedo/Peña Villamil 1987: 16s.).

Poco después le siguió una hermana de Silvia. La caravana se dirigió más al norte, y un día antes del arribo a Espadín, a donde estaba “destinada” la madre, la otra hermana pequeña de Silvia sucumbió al cansancio y el hambre. Ella lo relata de la forma siguiente:

Al caer la tarde estavamos sentada en la cumbre ya de un cerro cuando mi hermana Clementina le dice: Lolo [...] saves que yo no voy a ver a mamá y mañana cuando lleguen hella que ciempre tiene la alacena llena

28 Así se las llamaba; cfr. Decoud (1925: 193).

de chipa biscochuelos y roesquetas Uds. comeran, acuerdecen de mi yo que tanto quiero comer, adios nos dijo y se acosto cerró los ojos y ce quedó dormida pero para ciempre, cuando Lolo ce acerco y la alzo ya estava muerta, yo hera una chica pero tenia un corazon viejo, pues viendola muerta a la ultima hermana desde el dia siguiente ya no pude mover hamanci toda inchada (ibidem: 18).

La esclava y la única sobreviviente de las tres hijas encontraron a la madre en el campo de Espadín. Aquí, la situación era desesperante, aunque Silvia parece no haberlo sentido por la felicidad de volver a estar junto a su madre. Un bosque en el que crecían naranjas agrias se había agotado pronto, de manera que las mujeres procedieron a sacrificar los últimos caballos y mulas, y finalmente algunas se alimentaron de sapos, lagartos, víboras y animales similares, mientras el resto intentaba cocinar una sopa mas o menos comible con pedazos de cocotero, restos de cuero y algunas plantas.²⁹ Un cierto alivio trajeron los indios que llegaron un día al campamento. Quienes todavía poseían joyas, ropas, dinero u otras mercaderías las trocaban por víveres y carne. La madre de Silvia tenía todavía joyas y otras cosas con las cuales se podían adquirir víveres y logró curar a la niña.³⁰

Más tarde, junto con un grupo de mujeres “destinadas”, Silvia y su madre intentaron fugarse con la ayuda de los indios, pero no todo el

29 Cfr. los recuerdos de tres mujeres ancianas a quienes un siglo después de la guerra se les preguntó acerca de sus vivencias. Si las declaraciones de sus edades son correctas, tenían en aquel entonces más o menos la misma edad que Silvia. Ellas recordaban principalmente que se intentaba preparar platos de comida a base de todas las plantas que uno se pueda imaginar. Las tres mujeres entrevistadas narraron incluso que se prestaban mutuamente los huesos que debían dar un poco de gusto a sus sopas. En medida creciente, también las pieles de los vacunos y los cueros se destinaban a este fin. Entrevistas a Claudia Samudio, de alrededor de 115 años, María Concepción Candado, de alrededor de 109 años, y Benita González, de alrededor de 117 años, en *La Tribuna*, 1.3.1970.

30 Con respecto al arribo de las primeras mujeres fugitivas el 14 de diciembre, el *Diario do Exercito* del Visconde de Taunay relata lo siguiente: “Chegaram a Curuguaty 80 e tantas mulheres e crianças escapas do terrivel desterro de Espadim, junto á inhospita margem do Iगतemy. Entre ellas se notam pessoas das primeiras familias de Assumpço, taes como as senhoras Cespedes de Cespedes, Urdapilleta [...], todas vestidas de modo a demostrar uma passada representação social e presente e extrema desgarça. Nos dedos de algumas ainda brilham anneis de diamantes, restos de bens que desapareceram ás mãos de Lopez e ultimamente nas dos indios Caiguás que lhes vendiam por preço despropositado os mais singulares alimentos, por exemplo: sapos e rás a 2 e 3 patacoés, caesinhos a 50 e afinal asnos magros e feridos a 1.000” (Taunay 1926: 138s.)

grupo logró pasar al lado de los aliados. Silvia, su madre y otras fueron interceptadas por los soldados de López, quienes las forzaron a permanecer junto al resto del ejército. Aparentemente Silvia pasaba a veces a donde estaban las tropas y el “gobierno”, tal vez en busca de comida. En una de estas ocasiones encontró allí a la compañera del Presidente, Elisa Lynch, que le comentó que al día siguiente, con ocasión del año nuevo de 1870, podía pedir perdón en nombre de su hijo Pancho:

Pero llego el dia siguiente despues del Tedeum salia el Mariscal. [...] y a la primera que le tocava avlar fue a mi y en mi povre caveza, lo que pude arreglar del dicurzo aquel que me enseñaron que ya no recordava nada y sali dandole el titulo de vice presidente, quiere Ud. perdonar a mi mamá y a mi, este pedido mio le causó mucha gracia y como volviera a insistirle me constesto que ci hija Ud. y su mamá quedan perdonadas, ya despues me examinava que falta yo havia tenido pero como cabeza de chica todo se me pazo, para la tarde lo que mas saque fue de aquel perdon un gran indigestion porque despues del perdon nos dio una comida a medio dia, cuando llegué al caer la tarde y le conté a mi mamá me dijo a mi porque le has ido a contar que yo vivia y lo mismo dijo la señora que me lleva (Quevedo/Peña Villamil 1987: 19s.).

Pero ya no era tiempo para perdones ni represalias nuevas. Pocos días después, López tuvo que trasladar su campamento más al norte, y Silvia y su madre se escondieron en los montes para salir después hacia el sur. Según las memorias de Silvia, marcharon otra vez unos 17 días, caminando día y noche, hasta dar con soldados aliados en San Pedro. El cuadro era espantoso: pueblos completamente abandonados en los que se arrastraba lentamente una población enflaquecida hasta el esqueleto, compuesta sólo de mujeres y niños. Un general brasileño recuerda:

A cada passo, nessas marchas tetricas dos ultimos tempos da guerra terrivel, encontramos nas voltas do caminho, na lama das estradas, nas margens dos riachos ou nas alpondras cobertas de musgo dos seus leitos marulhosos, refrescando os pés doridos nas aguas frias, na ouréla sombria da malha ou no meio do areial que abrasava, mulheres magras e macilentas, com os traços da beleza quase apagados, cobertas de andrajos, ás vezes de sêda, com arrecadas de oiro sinzelado incrustados de crysolithas nas orelhas pallidas[!], extendendo-nos supplicantes as mãos descarnadas cheias, não raro, de anneis com muitas voltas, implorando esmola dum punhado de farinha ou dum pedaço de carne para lhes matar a fome.

Mais alem, criancinhas esqueleticas sugando sem força os seios murchos e seccos das mais agonizantes. Adiante meninos nús amarells, barri-

gudos, com as costellinhas á mostra, olhando-nos espantados. Transidos de terror ou sorrindo-nos medrosos a nós, que perseguíamos nessas marchas de tormentos, seus pais, seus avós, e seus irmãos.³¹

2.3 *La posguerra*

Con el fin de la guerra los problemas no terminaron, ni para los adultos ni para los niños. De regreso a Asunción, muchas familias encontraron sus casas saqueadas u ocupadas por soldados aliados. Familias de la antigua élite tenían que dormir en los pasillos de sus casas o bajo las copas de los árboles. Las calles estaban llenas de mujeres sobrevivientes con criaturas famélicas en los brazos pidiendo limosna, madres que buscaban a sus niños extraviados durante la guerra y niños en busca de algún familiar que hubiera sobrevivido. La convivencia pública entre las paraguayas y los soldados tampoco era siempre pacífica y decente y, junto a la miseria y la brutalidad, los niños presenciaban violaciones por parte de los soldados de las fuerzas de ocupación. Los traumas de la guerra, la persecución política, la hambruna y el agotamiento eran tantos, que mucha gente padecía trastornos psíquicos y ni se acordaba de su pueblo de origen.³² El país estaba en ruinas, tanto política como económicamente. Había perdido más de la mitad de la población, sobre todo sus hombres y jóvenes adultos, y los que sobrevivieron estaban en malas condiciones de salud física y mental. “Después de estar ya en Asunción empezó el vía crucis de nosotras mi madre y yo. Cuánto trabajo he dado yo para vivirle a mi Santa Madre”, escribió Silvia (Quevedo/Peña Villamil 1987: 21). Su salud era tan mala que su madre se separó otra vez de ella, mandándola a Buenos Aires a vivir con unos parientes, pero la jovencita no aguantaba el clima frío de esta región –o tal vez otra separación de su madre–. Volvió a Asunción y poco a poco se recuperó de las consecuencias de los años de malnutrición y fatiga, y superó los traumas mentales.

Muchos autores han deducido de esta situación de la posguerra, sobre todo del desequilibrio demográfico de los sexos, cambios profundos en las relaciones de género. La vida económicamente activa e independiente de las mujeres, así como la supuesta “holgazanería” de los hombres serían, entre otros, efectos de este desequilibrio poblacio-

31 Cerqueira (1910: 343s.). Cfr. también 331s. y Barroso (1928: 181-185).

32 Decoud (1925: 76-83 y 249-255); Potthast (1996: 297-311).

nal.³³ No obstante, estos autores ignoran que tales estructuras familiares y la división del trabajo agrícola entre los géneros tienen una tradición cultural muy larga y datan de mucho antes de la guerra.³⁴ Esta observación no significa que el predominio demográfico femenino y el hecho de que muchos jóvenes se hicieran adultos prematuramente y que niños de diez o doce años hayan peleado en una guerra cruel y presenciado violaciones de mujeres, tal vez incluso de sus madres, no haya influido en las relaciones de género, pero nos faltan datos para analizar esa posible influencia con más precisión y detalle.

3. A modo de conclusión

Hoy en día generalmente se ve a los niños soldados como las víctimas más sufridas, símbolo mismo de la perversión de las guerras. Llamam mucho más la atención de los medios de comunicación y del público mundial que aquellos niños que sufren las consecuencias directas e indirectas de la guerra. En un artículo reciente (Peterson/Read 2002) sobre la presencia de niños en las guerras centroamericanas de finales del siglo XX, los autores llaman la atención sobre esta lectura victimizadora de los niños, preguntando hasta qué punto éstos no tienen quizás una visión propia de las causas de la violencia y la guerra, y por ende no deberían ser considerados solamente como víctimas inocentes, sino también como actores conscientes en estas luchas. La representación de la infancia como una fase de la vida lejos de los problemas del mundo adulto, plena de alegría y dulzura, resulta ser una noción relativamente reciente y parcial, probablemente válida sólo para ciertas sociedades y clases. Los niños pobres llevan una vida cotidiana de privaciones y, no pocas veces, de agresiones y violencia. Además, la temprana inserción en el mundo del trabajo o en el cuidado de animales y hermanos menores les da cierto sentido de responsabilidad y pertenencia a una comunidad. Estas circunstancias, por supuesto, no pueden ni quieren ser ninguna justificación para las atrocidades cometidas contra la población civil y los menores en situaciones de guerra, pero la visión de los niños y jóvenes combatientes como meras víctimas, forzadas a participar en algo completamente ajeno, tampoco parece adecuada.

33 Raine (1956: 17); Rusch (1929: 14s.). Cfr. Potthast (1996: 309-318 y 330-338).

34 Véanse Potthast (1996; 1998; 2003a; 2003b).

¿Es posible que los niños soldados paraguayos hayan luchado en Acosta Ñu por patriotismo y convicción, como insinúan los comentarios de McMahon y de algunos historiadores posteriores? El hecho de que los niños y jóvenes participaban en todas las actividades, ya fueran civiles o militares, ha quedado patente. Lo que no es fácil de determinar es el grado de comprensión política que tenían los niños y jóvenes mismos. En las memorias de Silvia Cordal se ve que incluso entre niñas de la clase popular se hablaba de temas políticos como la supuesta conjura contra López. Silvia, con sus seis o siete años, pedía perdón para ella y su madre al presidente. Es decir: hasta los niños tenían alguna noción de la situación política.

Más difícil es la cuestión de los niños soldados. Por un lado, no tenían opción, ya que eran reclutados por la fuerza, pero por otro abundan los testimonios, no solamente de parte de ciertos nacionalistas paraguayos, sobre su valor en las batallas.³⁵ Tal vez algunos luchaban realmente con la idea de tener que defender su patria. Habían crecido en un clima de nacionalismo muy marcado por la propaganda de guerra y la censura política, y no conocían otro discurso. Si sus padres (o mejor dicho sus madres) eran de otra opinión, se cuidaban de hablar de eso incluso en el ámbito familiar. Además, en la última fase de la guerra, los jóvenes y niños varones ya no estaban con sus familias sino con sus compañeros y oficiales. Clases enteras de alumnos de 12 a 14 años habían pasado a formar batallones de infantería, comandados ahora por su antiguo maestro (Cardozo 1967-1982: XII, p. 297). En ese ambiente, la presión del grupo para destacarse por patriotismo y valentía seguramente era muy grande. Incluso los hijos de los “traidores” pedían pelear y matar por la patria (Decoud 1925: 193).

Reclutar niños y jóvenes adolescentes seguramente es un acto inhumano y un crimen que ni el mayor patriotismo o nacionalismo puede exculpar, pero para entender fenómenos como los que marcaron la Guerra del Paraguay hay que ver también que los niños que la vivieron habían crecido en este ambiente y muchos habían madurado precozmente. Tenían una visión formada durante los años de guerra y moldeada por la propaganda. Así no eran sólo víctimas de la guerra sino además víctimas de un discurso nacionalista que no es exclusi-

35 Cardozo (1967-1982: XII, p. 120); McMahon (1985a [1869]: 306); Cerqueira (1910: ca. p. 340).

vo del Paraguay ni del siglo XIX y XX, sino que persiste en la actualidad y sigue produciendo víctimas, tanto adultos como adolescentes y niños.

Bibliografía

- Barroso, Gustavo (1928): *A guerra do López; cantos e episodios da campanha do Paraguai*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.
- Cardozo, Efraim (1967-1982): *Hace 100 años. Crónicas de la Guerra de 1864-1870*. Asunción: Ediciones EMASA, 13 vols.
- (1987): *Paraguay independiente*. Asunción: Carlos Schaumann Editor.
- Centurión, Juan Crisostomo (1987): *Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay*. Asunción: El Lector, 4 vols. [Primera Edición: Editorial Guaranía, 1944-1945].
- Cerqueira, Dionisio de (1910): *Reminiscencias da campanha do Paraguay. 1865-1870*. Rio de Janeiro: F. Briguiet & Cia.
- Chiavenato, Julio José (1989): *Genocidio americano. La guerra del Paraguay*. Asunción: Carlos Schaumann Editor.
- Cuarterolo, Miguel Ángel (2000): *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- Davis, Arthur H. (ed.) (1985): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor.
- Decoud, Hector Francisco (1925): *Sobre los escombros de la guerra. Una década de la vida nacional, 1869-1880*. Asunción: Talleres nacionales de H. Kraus.
- Doratioto, Francisco (2002): *Maldita guerra. Nova historia da Guerra do Paraguai*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Forgues, M. L. (1874): "Le Paraguay. Fragments de journal et de correspondances, 1872-1873". En: *Le Tour du Monde: Nouveau Journal des Voyages*, 27, 701-703, pp. 369-416.
- González Torres, Dionisio (1968): *Aspectos sanitarios de la guerra contra la Triple Alianza*. Asunción: s.e.
- Masterman, George Frederick (1870): *Siete años de aventuras en el Paraguay*, Buenos Aires: Imprenta Americana.
- McMahon, Martin ([1869] 1985a): "Testimonio de McMahon ante el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de los Estados Unidos". En: Davis, Arthur H. (ed.) (1985): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 261-331.
- ([1869] 1985b): "El Paraguay y sus enemigos". En: Davis, Arthur H. (ed.): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 335-360. [Publicación original en: *Harper's New Monthly Magazin*. New York, 1869].

- ([1870] 1985c): “La Guerra en el Paraguay. En: Davis, Arthur H. (ed.): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 363-431. [Publicación original en: *Harper’s New Monthly Magazin*. New York, 1870].
- Peterson, Anna L./Read, Kay A. (2002): “Victims, Heroes, Enemies: Children in Central American Wars”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 242-250.
- Potthast, Barbara (1996): *¿“Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”?* *El rol de la familia en la sociedad paraguaya del siglo XIX*. Asunción: Instituto Cultural Paraguayo Alemán.
- (1998): “Hogares dirigidos por mujeres e hijos naturales. Familia y estructuras domésticas en el Paraguay del siglo XIX”. En: Cicerchia, Ricardo (ed.): *Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 131-148.
- (2001): “Residentas, destinadas y otras heroínas. El nacionalismo paraguayo y el rol de las mujeres en la guerra de la Triple Alianza”. En: Potthast, Barbara/Scarzarella, Eugenia (eds.): *Las mujeres y las naciones. Problemas de inclusión y exclusión*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, pp. 77-92.
- (2003a): “Amancebamiento y matrimonio en el Paraguay (siglo XIX)”. En: O’Phelan Godoy, Scarlett et al. (eds.): *Familia y vida cotidiana en América Latina, siglos XVIII-XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 355-378.
- (2003b): “Entre lo visible y lo pintoresco: Las mujeres paraguayas en la economía campesina (siglo XIX)”. En: *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 40, pp. 203-220.
- (en prensa): “Protagonists, Victims, and Heroes. Paraguayan Women during the Great War”. En: Kraay, Hendrik/Whigham, Thomas L. (eds.): *I die with my country: Perspectives on the Paraguayan War*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Quevedo, Roberto/Peña Villamil, Manuel (eds.) (1987): *Silvia*. Asunción: Criterio-Ediciones.
- Raine, Philipp (1956): *Paraguay*. New Brunswick: Scarecrow Press.
- Rivarola, Milda (ed.) (1988): *La polémica francesa sobre la Guerra Grande: Eliseo Reclus: La Guerra del Paraguay, Laurent-Cochelet: Correspondencia consular*. Asunción: Editorial Histórica.
- Rodríguez Alcalá, Guido (ed.) (1991): *Residentas, destinadas y traidoras*. Asunción: RP Ediciones-Criterio.
- (s.a.): “Temas del Revisionismo”. Manuscrito.
- Rusch, Johann Baptist (1929): *Die Paraguayyer*. Rapperswil: H. Gasser & Sohn.
- Taunay, Visconde de (Escragnolle, Alfredo d’) (1926): *De Campo Grande a Aquidaban: Diário do Exército*. São Paulo: Melhoramentos, 2 vols.
- Thompson, George (1910-1911): *La guerra del Paraguay. Acompañada de un bosquejo histórico del país y con notas sobre la ingeniería militar de la guerra*. (Traducida por Diego Lewis y Angel Estrada.) Segunda edición, profusamente ilustrada y enriquecida con nuevas notas por José Arturo Scotto. Buenos Aires:

L. H. Rosso/Juan Palumbo, 2 vols. [Primera edición: Buenos Aires: Imprenta Americana, 1869].

Versen, Max von (1872): *Reisen in Amerika und der Südamerikanische Krieg*. Breslau: Max Mälzer's Hofbuchhandlung.

Washburn, Charles A. (1871): *The History of Paraguay. With Notes of Personal Observation and Reminiscences of Diplomacy and Difficulties*. Boston/Buenos Aires: Lee and Shepard, 2 vols.